

Cuentos y cuentistas

Escribe: HELCIAS MARTAN GONGORA

Quiroga—La vida de Horacio Quiroga, emula por su lacerante realidad con el más logrado de sus **Cuentos de amor, de locura y de muerte**. La misma nacionalidad de Quiroga estimula el litigio. Hay que recurrir al gentilicio genérico de **rioplatense**, a fin de no reiniciar la polémica entre uruguayos y argentinos.

La trama de la biografía supera a la ficción, a través de una cadena familiar ininterrumpida de suicidios y accidentes mortales, con armas de fuego. El autor de **Los perseguidos** y de **Los desterrados**, renuncia a Buenos Aires, por la aventura del territorio de Misiones, en el área del extinguido imperio jesuítico. Sobre este mapa verde edifica él, lo mejor de su obra, al margen de la retórica y de la gramática. Se diría que Quiroga es el anti-Nebrija de América, en un continente que se precia de haber producido legisladores y modificadores del idioma, de la talla de don Andrés Bello y de nuestro Rufino J. Cuervo.

A los treinta años de la muerte de este par remoto de Fedor Dostoievski (Quiroga se autoeliminó, en un hospital, el 19 de febrero de 1937), quien relea los **Cuentos escogidos**, convendrá que la mayoría de sus páginas están amasadas con arcilla perdurable. Para lograr la supervivencia literaria, Horacio Quiroga tuvo que decapitar al poeta que habitaba en él, virgen aún entre **Los arrecifes de coral**, un libro escrito y publicado en la adolescencia, a la sombra de Leopoldo Lugones, su amigo. Hoy son pocos, muy pocos, los que mencionan el volumen heterogéneo (verso y prosa), así como sus novelas: **Historias de un amor turbio** y **Pasado amor**. Horacio Quiroga, tal como lo consigna Guillermo de Torre, es "tanto por sus excelencias como por sus limitaciones, el arquetipo del cuentista; es un restaurador y dignificador de este género que otros hicieron trivial o anodino. Escribo **intermedio**, no en sentido peyorativo, sino situándolo en un lugar cronológico y especial, ya que oscila entre la confesión subjetiva unas veces, y otras el informe documental, y entre la construcción psicológica propia de la novela".

¡Cuántos ex-hombres reviven en sus páginas duras, en cuerpo y alma sojuzgados por el paisaje hostil, que los reduce a la mínima condición de vivientes despojos! Son los **mensús** nativos y los inmigrantes fracasados, que

se refugian en los boliches, sedientos de alcohol, caña o mal destilado vino de naranjas. Mas ellos no están solos, frente a la inmensidad selvática. Los rodea la más fabulosa fauna del Nuevo Mundo, cuyo centro zoológico detenta **Juan Darién**, el niño tigre, bajo la protección ofidia de **Anaconda**. Porque el reino animal de Quiroga es muy rico en familias y especies, en cuya descripción él se solaza y alcanza los mejores aciertos expresivos, especialmente cuando se refiere pormenorizadamente a las culebras y víboras que pululan, en las márgenes de los grandes ríos australes.

Autor consagrado por las antologías, él supo, en vida, de su propio valor. Sin egoísmos ni reservas profesionales, Horacio Quiroga se arriesgó a resumir, en un **Decálogo del perfecto cuentista**, que es oportuno releer pero con beneficio de inventario, toda la experiencia de su fecundo trabajo literario.

* * *

Garbarino—La morfología del cuento suramericano, primordialmente en la zona más austral del continente híbrido, ha de regirse todavía por la temática experimental, que encontró en Horacio Quiroga a su más torturado y torturante evangelista. La circunstancia que uno que otro relato de Jorge Garbarino, sugiera el recuerdo del autor de **Juan Darién**, no resta posibilidad a la obra reciente del escritor argentino, cuyos **Cuentos sacados en limpio**, bajo la humildad absoluta del título, revelan la presencia de un afortunado cultivador del género, experto como pocos en el buceo de las profundidades psicológicas del habitante urbano. Porque no es solamente el paisaje fluvial o la selva devoradora, el escenario obligado, en el que cumplen su peripecia humana los personajes, constreñidos a vivir y morir en el perímetro vegetal. La ciudad palpitante constituye también el epicentro de las vidas oscuras, que Garbarino ilumina con la linterna de su estilo y la percepción amorosa de la criatura, flagelada, tal como acontece con la pintura inolvidable de **Amarillo y tango**, en la que la sensación cromática que hace añorar a Van Gogh, se confunde con la vibración auditiva de la misma melodía obsesionante. El motivo. El motivo ciudadano asume la voz y el eco de los coros que desembocan en la tragedia, decorada de escombros y desperdicios, al final de **El idiota**. Aquí está lo mejor de Garbarino, de quien dijo, con razón, Arturo Capdevilla: "Hay que rendirse a la maestría de su prosa", de la cual es buen ejemplo este aguafuerte verbal: "Dejó de hablar, dando la espalda para buscar a su hija, a quien el idiota arrastraba en dirección a un rancho. El hombre que observaba desde el camión cargado de basura, lo puso en marcha, acercándolo en momentos en que el Moro llevaba una de sus manos al bolsillo. No se había movido aún, cuando la caja del vehículo comenzó a hacerlo. La basura parecía que no terminaba nunca de caer".

Novelista, ensayista y autor dramático, el pasaporte de Jorge Garbarino ostenta visas de Europa, Africa del Norte y América. Su paso por tres continentes acentuó, en él su filiación rioplatense, que culmina en **Bigua**, todo un acierto narrativo, en el que la naturaleza tropical impone el sello de su cruel poderío desbordado: "Su grito cabalgó en las costillas del viento como un eco y se perdió en la tormenta, inútilmente".

Otra cosa son los argentinismos que proliferan en estos cuentos de Garbarino (ché, capangas, macanas, entre otros), que restauran el sabor y el color del habla rioplatense, tan difundida hoy por la música autóctona: el tango y la milonga.

* * *

Zapata—Extinguida la “Revista Bolívar” la publicación que aprestigió, como director, el maestro Rafael Maya, el Ministerio de Educación Nacional, renunció —por fáciles razones económicas— a un medio de difusión cultural muy acreditado en los países hispanoamericanos. Sin embargo, esporádicamente, la Imprenta Nacional continuó (hasta 1964 o 65) ofreciendo las ediciones del Ministerio de Educación, copadas por libros de versos, en su mayoría. Sin que mediara explicación pública alguna y, al parecer, sin reclamo ni constancia de nuestras academias y cofradías de escritores y poetisas, no volvió a circular ningún libro con el sello oficial, a no ser que como tales se acepten las tan inútiles como voluminosas memorias, que los señores ministros del despacho deben presentar —anualmente— a la consideración de las cámaras legislativas. ¡Lástima grande del tiempo, del papel y la tinta perdidos!, ya que estos mamotretos nadie los lee, a excepción obligada del linotipista y el corrector de pruebas. Las realizaciones administrativas del más eficaz de nuestros estadistas, caben holgadamente en un modesto folleto de 16 páginas.

El vacío editorial lo ha tenido que llenar, de la mejor manera posible, la iniciativa, privada que, con recursos propios, se ha lanzado a la conquista del público lector, en un país tan urgido de estímulos intelectuales. Escribo lo anterior mientras leo los cuentos de Manuel Zapata Olivella: *¿Quién dio el fusil a Oswald?*, en la edición económica realizada por “Populibro”, que con este volumen llega a la 17ª entrega, cumplida bajo el signo de la “Revista colombiana”.

La nueva salida de Manuel Zapata Olivella, muestra a un escritor experto en el manejo de la frase breve. Estilo directo, que trasciende la epidermis del tema original, y se interna en el laberinto de las conjeturas sociológicas. O avanza ágil, por el terreno de las motivaciones psicológicas, en el planteamiento de hipótesis audaces (como en el caso de Oswald), y adapta al cuento basado en un hecho real, ampliamente divulgado, una técnica narrativa similar a la impuesta en *A sangre fría*, por Truman Capote.

Las fronteras preestablecidas entre cuento y apólogo, relato y sátira, casi desaparecen en *El ausente*. Mas se me ocurre que este es un fenómeno común a la mejor narrativa contemporánea, liberada en mucho de los prejuicios retóricos. Todo ello sin perjuicio de bordear el límite prometedor de la ciencia-ficción, detrás de *Los lentes pleocrómicos*. Aventura imaginativa que se torna más interesante en un *Extraño bajo mi piel*, la historia de mayor subfondo humano, de las seis incluidas en el más reciente libro del médico y folclorista, novelista y editor de “Letras colombianas”: Manuel Zapata Olivella, un espíritu sin fatiga en el estadio de la literatura colombiana contemporánea.

* * *

Airó—"Aspiramos, como necesidad perentoria e ineludible, a la elevación de las masas, del pueblo, al cambio de estructuras. Aspiramos a una transformación social justiciera sin innecesarios y nefandos ríos sangrientos". No se crea que la anterior transcripción pertenece al texto de un discurso, pronunciado por un político de carne y hueso, en época preelectoral. Son palabras que el escritor Clemente Airó pone en boca del doctor Hernández Sampredo, personaje incorporado a uno de sus cuentos *El quinto renglón*, con tal verismo y realidad que, al oír las generalidades demagógicas del doctor, piensa el lector que está escuchando la transmisión radial de alguna de nuestras famosas convenciones democráticas.

5 y 7 (Cuentos de una misma historia) se denomina el volumen, con el que Clemente Airó, el más colombiano de los españoles residentes en Colombia, reafirma su condición de narrador feliz y observador perspicaz de nuestra circunstancia nacional. La de cuentista es apenas una faz de su tarea literaria, en que el novelista emula con el ensayista dentro de una cabal valoración crítica. Profesor universitario y publicista, director de la revista "Espiral" y editor responsable, ha aportado una contribución constante a nuestro accidentado acontecer cultural.

Cada cuento lleva un preámbulo de sabor lírico. En estas páginas, Clemente suelta las alas del poeta cautivo, que alienta en el silencio de todo buen prosista. Tal acontece, cuando se refiere a la calle:

"... ancha, estrecha. Sube o baja, plana como regla plana. Recta o curva. Flor que aspira y olvida. Múltiple de brazos, de hojas de labios. Guarda resonancias, caracola viva. Aspid, vigilante amenaza. Astuta como gato nocturno. Casta paloma. Vamos tú y yo, el obrero, el gerente el oficinista y el ingeniero. Andan las sílabas del mar humano. La calle tiene pisadas vivas de siglos. Clamores, reclamos. Miradas rodantes y el ruiseñor que perdió la infancia. Ella emboba o despierta. Fuegos fatuos y remolinos de estatuas. La calle conduce al bautismo, a la boda, a la sepultura".

En la acera de esta calle real, no vacilo en recomendar a mis amigos y ¿por qué no? a mis enemigos políticos, la cordial lectura de estos cuentos, especialmente de *El quinto renglón*, en la seguridad que en ellos podrán mirarse como en el propio espejo. Sus páginas son radiografía de nuestras gentes y fiel testimonio de tiempo y del país en que vivimos. Escenas que participan de la diaria tragicomedia tropical, capítulos de la misma historia cotidiana, salvadas de la monotonía y del olvido, gracias al ojo clínico de Clemente Airó, un narrador de tiempo completo.